

## ESA ALONDRA DE LA TIERRA PARDA...

**S**e hace difícil valorar a un poeta. No sólo cuando se aprecia desde el punto de vista del vulgo, tomando como base la cantidad de su producción, sino, incluso, cuando partimos del grado de emoción que nos han producido sus obras. Si la generalidad estima por el «tanto tienes», los materialistas por el «tanto vales» y los críticos — quienes dan el visto bueno para la posteridad — por el «tal lo haces», habremos de reputar estos ángulos como falsos. Ni el que más produce, ni el que más gana, ni el que mejor lo hace, puede ser, por sólo cualesquiera de esas particularidades, el mejor poeta.

Si poesía es cierto indefinible encanto que halaga y suspende el ánimo, como os dirá cualquier definidor académico, habremos de considerar mejor poeta a aquel que logre, sobre nuestro espíritu, ese fascinador arrobó. Pero como no es cosa de echarse por la calle con un tomo de poesías bajo el brazo, haciéndolo leer a cuantos para ello dispongan de algún tiempo, y recoger luego sus opiniones para llegar a la proclamación de máximo poeta por suma de votos, de ahí que sea forzoso atenerse, rechazando los dos sistemas de clasificación primeros, un poco al tercero y, otro poco, a la resonancia que en vuestro interior despierte la interpretación poética del hombre que juzgáis.

Y es forzoso, siquiera en parte, tener en cuenta la opinión del crítico, porque, aunque, al juzgar, haya de tener más presente la inflexibilidad de las reglas que su profesión impone que aquella su parte de hombre capaz de emocionarse, él os guía hacia un punto saludable, necesario y preciso: la clasificación exacta de vuestro sentir, la canalización de vuestras emociones, que apenas si sabéis ordenar, sorprendiéndoos de que el crítico os haya adivinado y deslie y desenrede el rompecabezas en que os halláis metidos. Lo mismo que os habréis sorprendido cuando, leyendo al poeta éste os haya mostrado la belleza de eso que está ahí mismo, a vuestra vista, al alcance de vuestra mano, en roce diario con vuestras costumbres y vuestros vivires, sin que hubiéseis sabido captar su encanto. Quizá los más avisados, los más propensos a la emoción del ambiente, han sospechado la existencia, pero no han logrado darle forma concreta en palabras y música.

Expuesto todo ello, cabe admitir que cada trozo de tierra, que cada estampa del camino, que cada hondonada y que cada monte tienen su poesía, recóndita, oculta, diluída, esperando que venga el hombre que sepa quitar cendales, orillar maleza, juntar trocitos de inasible encanto y mostraros fuerte y sonora, o tersa y suave, o tierna y cariñosa, la poesía que allí se encerraba, entre la que vivíais, junto a la que respirábais, la que, de tanto ver, desconocíais por

completo, por no habérseos mostrado con la forma o el ritmo que en ella necesitáis para entenderla.

Y, poniendo freno a lo que ofrece campo a una amplia digresión, vayamos concretamente a un hecho.

La tercer década de nuestro siglo no había perdido aún el encanto de gustar. Aunque fémina hizo sus primeros pinitos de independencia, cortando sus cabellos a lo «manolo» y echándose por esas carreteras abrazada a un volante, como un anticipo de esta era de deporte y músculo, agradábale, al regreso de ese ajetreo para su cuerpo, buscar un rincón amable y, ovillándose en un sillón, darle a su espíritu su ración de ensueño. Cogía un libro de versos, en cuyo libro, cualquiera que fuere y de cualquier poeta, los versos estaban medidos y sonaban. Sonaban a música divina, y en lo más hondo de su corazón, porque hablaban cosas sospechadas y sentidas, sin metafísicas arrítmicas ni elevación de charadas a poesía. En fin, eran muchos los que hacían versos y eran muchos, aún, los que versos leían. Por esto, precisamente, tuvo mayor significación el hecho.

Cualquier día de esa década —no importa, en este caso, la inconcreción de la fecha—, la poesía española tuvo una eclosión férvida. Y, haciendo de Guareña vértice geodésico, se derramó, se expandió en todas las direcciones de la rosa de los vientos, no dejando que un solo rincón de España quedase sin el eco de su voz, sin el sonido de su música, sin la vibración de su fuerza.

Los amantes de la poesía, todos, se habían recreado, dejándose entusiasmar, con las notas que a su lira arrancara aquel otro poeta, si salmantino por su nacimiento extremeño por vocación y por adopción, porque quiso y porque pudo, que había llevado la «fabla del lugar» a los papeles para que esta «fabla», dejando de ser local, se extendiese por todo sitio donde hubiere unos ojos que lean, unos oídos que escuchen y un corazón que sienta.

Y los amantes de la poesía, todos, habían juzgado que, luego de arrancar aquellas vibraciones al alma extremeña, en su propio lenguaje, no sería posible, sin menoscabo de imitación y pérdida de originalidad, decir después...

Luis Chamizo fundió en distintos moldes. Recogió —que ahí estaban, al alcance de cualquiera — los mismos ingredientes, y, sin perder su característica exterior, tuvieron nueva vida, dijeron distinta cosa, sonaron con ecos diversos.

Y no para que pudiese discutirse si éste o aquél, o aquél o éste, si uno primero y después el otro, sino para demostrar algo definitivo: que el alma de Extremadura, de que eran intérpretes, brindaba, en su aparente bronquedad, todo aquel raudal de poesía. Esa Extremadura que, para Chamizo, tenía olor

*a rosas encendías,  
a mejorana y a poleo;  
olor a campo remojao  
por el turbión del aguacero,*

y que en *Las brujas—Las brujas*, crisol de almas al desnudo, es un

medallón tallado en oro—encarna en Andrea, la mal comprendida.

Esa Extremadura tan varia en su igualdad—y valga la paradoja—extrema. La que en mayo hace decir al «Frasco» de ese mismo drama:

*Nos emborrachaba  
de aromas picantes la flor del romero;  
sudaba resinas el jaral florío,  
corría el lagarto, volaba el vencejo...  
y desde las ramas de los alcornoques  
prendían las tórtolas su arrullo en el viento;*

y que, un poco más avanzado el tiempo, en el verano

*...se achicharra  
de calor el suelo,  
retiembla la entraña de las carboneras  
que devora el fuego...*

y tantas otras estampas que nos dicen cómo es la región en que el poeta ha nacido doblemente: a la vida y para el arte.

Estampas externas. Lo que el ambiente, el tiempo, la estación obran en el suelo.

Pero Chamizo siente, además, otra Extremadura. Cuando el poeta es colorista, se conforma con dar esa sensación de paisaje, todo florecido o achicharrado todo. Mas cuando alienta un amor ferviente por la tierra, y ésta ha dado motivos para sentirse orgullosos de ella, se dice

*...que la tierra labrantía,  
seria, llana y arrogante'n los recuestos,  
es la jembra que mantiene muchos hijos  
con la juerza de la savia de sus senos;  
y es la madre y es la novia y es la hermana  
del gañán que, con calor de macho en celo,  
la colmara de cuidaios... etc.*

Y, haciendo brotar de ella su mejor fruto, sus hombres, los pare,

*con la juerte calentura de la gloria  
que manó del corazón de sus celebros,*  
conquistadores,

*...pa los reyes de su patria,*  
de

*los Peruses y los Méjicos;*  
artistas:

*y llenaron de pinturas las iglesias;*

políticos:

*y parlaron su sentir en los Congresos;*

poetas:

*y cantaron la belleza de sus campos;*

religiosos:

*y elevaron sus plegarias a los cielos;*

patriotas:

*y murieron orgullosos por la causa  
de las santas libertades de su pueblo...*

para llegar a esta final y feliz conclusión, común a los que se fueron para hacer grande a su tierra expandiéndola y a los que, también para hacerla grande, quedaron ahondando en ella:

*Son asina los cachorros de la raza  
de castúos labraores extremeños  
que, inorantes de las cencias d'hoj en día,  
cavilando tras las yuntas, descurrieron  
que los campos de su Patria  
y la madre de sus hijos son lo mesmo.*

Eso, lo que la tierra da y como los hijos salen. Después, hay el cómo son éstos y la manera con que lo expresan:

*Yo sé qu'el cariño d'ella no se runde,  
ni el mío se mella,  
que semos más duros que los alcornoques  
y más que los jierros de las jerramientas.  
¡Qué juerza más grande llevamos por drento!  
¡Qué juerza, qué juerza!*

Pero... ¿todo así, en esos términos generales, inconcretos, que se diluyen en la acción de la masa, en la totalidad del alma extremeña? ¿Todo heroicidades, memoria de grandes hazañas, orgullo de raza fuerte, aventurera, conquistadora o sufrida? ¡No!

Aquí, entre tantos que rememoran andanzas de sus mayores, de aquellos que fueron poniendo nombres de Extremadura, como cruceros, por tierras de América, y de tantos que se sienten orgullosos por poder luchar, y vencer, bien a la bravura de la tierra, bien al espíritu de incredulidad que en ella existe—tal el «tinajero» que plantó

la viña (¿El padre mismo del poeta?)—, los hay que su orgullo lo fundan en otra cosa: su honradez. Y que hablan así a su esposa:

*Tú te vas a espurgá las rastrojeras  
y en tres días cjuntas cuatro jaces,  
y contenta me vienes y me íces  
que tú barres p' alantre.*

Y que, volviendo la espalda, para no enfrentarse con aquellos ojos interrogantes por la razón del abordaje, siguen rumiando, entre sibilantes y sentenciosos:

*Yo, que soy segaor, sé bien de cierto  
que mu pocas espigas se mus caen,  
y yo dúo si espurgas los rastrojos  
o las cargas que pillas por delante.*

Y que, roto ya el miedo de tener que afrontar la cuestión, y soldado el reproche que la sospecha encierra, corajudos y enteros, hacen saber:

*Y esto ya no pué ser: esta es la jonra  
qu'al muchacho tenemos que dejagle  
más limpia que la cara de la Virgen,  
más branca que la flor de los jarales,  
y que al que quiera manchala me lo jundo...*

y, mordiéndose los labios, por tener que decirlo, pero sin fuerzas—ni ganas—para retroceder ante aquel sentimiento de hombría de bien, concluyen:

*manque sea su madre.*

Pero hay otra razón. Primero está el orgullo de su honra, que no quieren ver manchada. Y, luego... ¿de qué valdría esa honra, si quien la ha de heredar hubiere de arrastrarla? ¡No! El hijo ha de salir honrado, y ha de ser digno de ese tesoro que le legan.

Por eso viene la prohibición terminante:

*...Y asín y tó no quiero qu'arrebusques  
las migajas qu' algunos se les caen,  
siquiera mientras lleves ahí metío  
nuestro mozo, porqu' eso es enseñale  
dende chico a doblar el espinazo  
y a viví de las sobras de los grandes;*

dicho esto, conviene dejar bien sentado que no es el rencor quien habla:

*y asín saldrá sin juerzas, sin agallas,  
sin bríos, sin coraje  
pa pescar el jocino y dir al corte  
pa llevase a los hombres por delante.*

Lanzada la majeza, encendidos los ojos por aquella visión de que el hijo no ha de dejarse dominar por nadie, remachan:

*Ya no güerves a di a los rastrojos.  
Ya no juntas más jaces,  
qu'el muchacho no viene pa escurrajas  
y me lo pues torcer con agachate.*

Y terminan, con el escozor de hablar, quizá, por experiencia de su condición:

*Porque mira, mujé, con esas cosas,  
¿sabes tú lo que jaces?  
Pos le plantas el jierro de los probes,  
que no lo borra naide.*

Don José Ortega Munilla, que se sintió honradísimo—honra tiene siempre quien honra puede dar—con hacer la presentación del poeta al gran público, dijo en *A B C*, al hacer la crítica de *El mijaón de los castúos*, y quizá sonándole aun en sus oídos esos últimos versos de «El porqué de la cosa»: «Sólo falta que Chamizo convierta sus ordenanzas de vate en un tema fundamental. La queja extremeña late en la profundidad del país ignorado. Allí donde hay miles de hombres sobre los que pesa la tradicional servidumbre, radica ciertamente un drama inmenso. El poeta de Guareña puede sacarlo a luz...»

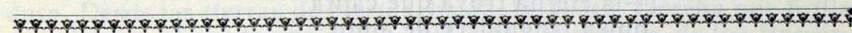
No tuvo tiempo... o no quiso. Mas, para su gloria, basta.

La alondra de su mañana quedó muda, pero ahí está el eco de su voz, que no va a morir. El renacer del espíritu que en su Extremadura se acusa tendrá vivo el sentimiento por el poeta. A quien, aunque con carantoñas toscas, habrá de mimar.

Y él, desde allá arriba, sonriendo, volverá a repetir:

*...semos asina, somos pardos...*

CÁSTULO CARRASCO



Lea Ud.

## « ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.  
De este modo contribuirá a difundir,  
dentro y fuera de nuestra región,  
las letras extremeñas.